

AMA LUR

por Érika Goyarrola

En ocasiones, la frontera entre el interior del fotógrafo y el exterior se vuelve borrosa mezclándose en la imagen dos realidades que eclosionan y a la vez convergen. El corpus artístico de Jon Cazenave comienza hace diez años teniendo como punto de partida la cultura y la identidad del pueblo vasco. Sin embargo, a medida que avanza el trabajo, esta temática se va diluyendo y tornando más personal. En su obra opera un impulso de raigambre romántica que aborda la naturaleza a partir de su vivencia, de su interpretación subjetiva y emocional. La experiencia estética de la tierra –lur en euskera- se aborda desde una doble perspectiva. Por un lado, desde el punto de vista de lo matricial, de la tierra como naturaleza-madre -como matria- y por otro, desde su aceptación más matérica. Ambas perspectivas encierran el enigma del origen como uno de sus cuestionamientos principales. La génesis del universo y del hombre así como el origen de la creación artística son representadas en el trabajo del fotógrafo por medio de una estética que, en sí misma, encierra una concepción similar. Las fotografías se configuran de formas infinitas cuya fuerza y pluralidad transmiten la potencia de lo germinal, manifestando la naturaleza explosiva de lo fértil. Así por ejemplo, en el trabajo *Ardora*, el choque violento y libre del mar en la costa cantábrica se manifiesta por medio de fotografías alteradas cargadas de elementos cercanos a la abstracción que evidencian la descomposición formal del agua en su colisión con la tierra.

La búsqueda que realiza Cazenave es, por tanto, genésica: una indagación de las raíces culturales de la identidad colectiva que se amplía para hacerse íntima. Esa intimidad culmina en el encuentro con la cueva. En ella se reflejan tres puntos clave: la tierra -la cueva como matriz uterina-, la cultura tradicional -el testimonio del arte rupestre como relación del hombre con su entorno- y el arte, -el gesto primero que inaugura y contiene lo que éste puede ser. La búsqueda del autor implica un recorrido, un itinerario que no es solamente cronológico, sino eminentemente físico. El fotógrafo es también paseante y, como tal, recorre un territorio que no sólo se observa, sino que también se experimenta corporalmente, convirtiéndose en parte de la realidad en que se mueve. En los vídeos del proyecto *Ama Lur*, se aprecia esa capacidad del fotógrafo para silenciarse: la naturaleza favorece una escucha atenta que, a su vez, permite la aparición. Y esa aparición no es otra que la de la naturaleza misma y su lenguaje, articulado en relación a sus elementos. Sus imágenes manifiestan lo orgánico y dinámico, ya sea en la explosión del oleaje, en la atención a la huella o el surco.

En el trabajo de Cazenave se anula la falsa dicotomía entre hombre y naturaleza haciendo reconocer las formas de uno en el otro. Así, en su comprensión de la tierra, el fotógrafo repara tanto en elementos geológicos como en las primeras incisiones y huellas que realizaron los primeros hombres. Sus fotografías recogen formas ondulares, orgánicas, que contienen en sí mismas la fuerza energética que, decenas de miles de años antes, motivaron la búsqueda en ese mismo lugar.

A pesar de que la obra es de raíz romántica, el artista consigue anular la distancia contemplativa ante lo sublime debido a que lo que se muestra se produce desde dentro. Ese dentro culmina, de nuevo, en la cueva. Allí, Cazenave señala el gesto del creador de las imágenes pictóricas. La tenue luz de la antorcha hace emerger una parte de la pared, que se ilumina y revela: una protuberancia en la roca deviene el lomo de un antílope. Se establece así una analogía con el hecho fotográfico que explica este viraje en la trayectoria del autor. Sus fotografías –la fotografía- enmarcan una parte de un todo inapresable permitiendo la observación atenta, la escucha silenciosa y, por ella, la aparición.

Érika Goyarrola. 16-07-2016.

Texto de sala realizado para la exposición AMA LUR en la galería Temple de París.